

HISTORIA URBANA

LA INCERTIDUMBRE DE HISTORiar LAS CIUDADES. LA INFINITUD DE LA CIUDAD COMO OBJETO DE ESTUDIO HISTÓRICO

Mauricio Rojas Bernal*

This essay encompasses a precise historiography problem (in the realm of Urban History) from three clear perspectives: first, the paper develops some specific reflections regarding the definition of urban trying to show how the theoretical delimitation of this criteria is extremely ambiguous; secondly, the essay gives a brief reflection regarding the value of space as a category of historic analysis (with an emphasis on the field of urban history) and finally, the paper attempts to show how urban historiography, when studied as "Urban" or "urbane" ends up referring to a horizon with infinite possibilities.

COMPENDIO

Este ensayo tiene como objetivo abordar una problemática historiográfica puntual (el ámbito de la historia urbana) desde tres órdenes muy precisos: en primer lugar, se de-

sarrollan algunas reflexiones muy precisas en torno a la definición de *urbano* tratando de mostrar cómo la delimitación teórica de este criterio es aún sumamente ambigua y nebulosa; en segundo término, se sigue una breve reflexión en torno al valor del espacio como categoría de

* Filósofo egresado de la Universidad Nacional. Profesor de Filosofía de la Universidad Autónoma. Estudiante de cuarto semestre de la Maestría en Historia de la Pontificia Universidad Javeriana.

análisis histórico (haciendo énfasis en el campo de acción de la historia urbana) y, en tercer lugar, se busca ilustrar cómo la historiografía urbana, al asumir como objeto de estudio 'lo urbano' o 'lo ciudadano', termina por remitirse a un horizonte de posibilidades infinito.

Problematización de la definición de 'urbano', importancia del espacio como categoría histórica e infinitud del objeto de estudio: son esos los tópicos que se explorarán en este trabajo buscando en todo momento problematizar, caracterizar y clarificar las dificultades historiográficas presentes evitando caer en la formulación pretenciosa de observaciones conclusivas apresuradas. Más que llegar a conclusiones definitivas, este escrito sólo pretende esbozar algunas observaciones pertinentes destacando aspectos puntuales de suma importancia dentro del ámbito de la historia urbana.

EL FALLIDO INTENTO POR DELIMITAR LO URBANO

Al aproximarnos, aunque sea muy someramente, al terreno de lo urbano desde una perspectiva histórica nos encontramos, desde un principio, con una serie de dificultades que empiezan a entorpecer (y a enriquecer) la investigación.

La primera dificultad teórica que encontramos en el terreno de la historiografía urbana es la de la definición misma de los términos a utilizar porque los criterios están aún muy lejos de estar absolutamente definidos a nivel conceptual, ¿de qué hablamos, finalmente, cuando empleamos el término *urbano*? ¿es lo *urbano* una realidad unívoca y

un término claramente diferenciado y absoluto? ¿es posible señalar de manera indubitable qué es *urbano* y qué no lo es?

Ciertamente, el vocablo mismo de *urbano* (y, por ende, de *urbanidad* y *urbanismo*) no resulta tan unívoco como suponemos muchas veces y, por ello, tendríamos que comenzar por hacer una breve acotación etimológica para tratar de ubicar el término culturalmente.

Si nuestro propósito es el de remitirnos a lo *ciudadino*, a lo que ocurre en las ciudades, hay por lo menos tres nociones que pueden ayudarnos a restringir nuestro objeto de estudio:

En primer lugar, la palabra griega πόλις (*polis*) —que significa ciudad en griego— y a partir de la cual el benemérito Aristóteles acuñó el término *política*. Recordemos brevemente que en aquel entonces, en los siglos V y IV a.C., la cultura griega (a la cual debemos aún buena parte de nuestra herencia cultural occidental) se articulaba socialmente a partir de una realidad relativamente simple: pequeñas ciudades fortificadas, de alrededor de 20.000 habitantes, organizadas en tres niveles: primero, una ciudad amurallada en la que estaban los edificios públicos y que se denominaba acrópolis (o *ciudad-alta*), segundo, alrededor de la acrópolis, la ciudad habitacional propiamente dicha en donde vivía el grueso de la población dedicada al comercio y a los oficios varios y, por último, los terrenos feudales que constituían el sustento agrario de la ciudad. Desde esta realidad sociocultural surgió el ideal político de la ciudad-estado soberana y orgullosa en la que todo habitante o ciudadano encontraba el espacio ideal para desarrollar sus

facultades humanas dentro del benéfico ámbito de la democracia y la libertad garantizadas.

En segundo y tercer lugar, están las nociones latinas de *urbs* y *civitas*; la primera haciendo referencia al cuerpo material de la ciudad, las vías, los edificios y las obras y, la segunda, apelando más a las realidades institucionales como el *populus* (pueblo), la *gens* (clan) y el *senatus* (senado).

A partir de esta doble herencia se evidencia ya un panorama complejo: por una parte, lo *político* parece ya vinculado intrínsecamente a la realidad de la ciudad puesto que, al parecer, lo realmente 'político' es todo aquello que sucede al interior de las murallas, en las ágoras y en las palestras. A su vez, de los conceptos latinos se derivan nociones tan complejas y definitivas como *urbano* y *civil* y, aún más, el pomposo vocablo de *civilización*, en otras palabras, los bárbaros eran aquellos que no vivían en ciudades y, por lo tanto, la idea del hombre *civilizado* está ya directamente vinculada al hecho de que dicho hombre habite o no en la ciudad.

Esta breve reseña terminológica sirve para enfrentarnos a la problemática que tratamos de abordar y nos enfrenta con interrogantes importantes: ¿todo lo que denominamos *civilizado* se enmarca den-

tro del contexto de lo *urbano*? y, por lo tanto, ¿sólo podemos hablar de *civilizaciones* humanas dentro del contexto de lo ciudadano, es decir, de lo *urbano*?

De esta manera, desde un primer momento nos enfrentamos a algo que parece ambiguo, nebuloso e inatrapable por naturaleza: la noción misma de *urbanidad*. De hecho, en muchas ocasiones (y siguiendo la breve referencia etimológica señalada) nos sentimos tentados a simplificar las cosas drásticamente argumentando que el hombre es un ser urbano por naturaleza y que, por ende, todo lo humano pertenece, por derecho propio, al ámbito de lo urbano. En otras palabras, el hombre sólo puede ser urbano en la misma forma en que (ya lo señaló Aristóteles) sólo puede ser político¹. Sin embargo, es evidente que aquello que sirve para denominarlo todo no sirve, en realidad, para definir nada porque se hace simplemente inatrapable debido a su abstracción absoluta.

Y entonces ¿en dónde queda lo *urbano*? ¿es lo *urbano* sólo lo que sucede en las ciudades?, pero, en tal caso, ¿todo lo que no sucede propiamente al interior 'de las murallas de la ciudad' es 'rural' a pesar de que las motivaciones y los núcleos de interacción se hallen, justamente, al interior de las ciudades?

1 Se podría decir incluso que, en cierta forma, el hombre del paleolítico, nómada, cazador y recolector, ya organiza su vida de manera 'pseudo-urbana' puesto que depende de la realidad social y política de su clan para sobrevivir, ¿podemos denominar esta situación como proto-urbana? ¿es posible hablar ya de urbanismo? Por lo demás, sabemos que hacia el año 10000 u 8000 a.C. se presentó el descubrimiento capital de la agricultura que produjo la drástica 'revolución urbana' del neolítico. Lo importante, al recurrir a estos ejemplos marginales, es destacar el hecho de cómo, desde muy temprano en la historia de la humanidad (¡incluso desde antes que existiera la escritura y, por ende, la historia!), lo *urbano* empieza a jugar un papel protagónico en el gran escenario de la evolución humana.

De manera preliminar, y tratando de liberarnos de una gran cantidad de dificultades teóricas, podemos asumir, por lo menos, que el gran epicentro de lo que denominamos *urbano* es, justamente, la urbe, la ciudad, ¿debe entonces la historia urbana restringirse a lo típicamente ciudadano?, no lo sabemos porque, como hemos señalado, no existen (social, política, económica y humanamente hablando) límites absolutamente precisos que nos permitan deslizar lo ciudadano-urbano de lo que no lo es.

Ahora bien, en este primer momento, por lo menos, podemos sentirnos un poco aliviados porque hemos logrado caracterizar y restringir la noción de *urbano* al remitirnos, de manera general, a lo ciudadano y la ciudad es ya un elemento mucho más preciso y tangible que la globalizante noción de *urbano*.

LA CIUDAD COMO PRODUCTO HISTÓRICO

Todos sabemos y entendemos, más allá de divagaciones inútiles, lo que una ciudad es. Podemos identificar, más allá de toda duda razonable, qué cosa es una ciudad y qué cosa no lo es, por ello, sabemos, sin necesidad de comprobaciones ulteriores, que la Roma del siglo I es una ciudad, que la Jericó sitiada por las huestes de Josué alrededor del siglo XII a.C. también es una ciudad, que las agrupaciones de edificaciones tayronas en la

Sierra Nevada de Santa Marta en la costa caribe de los territorios de lo que hoy es Colombia también se constituyen como ciudades y que la mítica Samarcanda visitada por Marco Polo en el siglo XIII también lo es... de esta manera, y por lo menos a nivel genérico, entendemos la vital importancia que tienen los conglomerados urbanos para la historia de la humanidad y de inmediato, desde nuestra perspectiva de historiadores, debemos resaltar la trascendencia que tiene la ciudad, justamente, como objeto histórico:

"La ciudad es un producto histórico sumamente persistente y complejo como para pasar desapercibida y, no menos importante, ser subutilizada como herramienta explicativa de las dinámicas sociales. (...)"

El espacio físico, en la medida en que es apropiado por el hombre y transformado en su beneficio, se torna en espacio histórico. Dentro de este proceso, la ciudad ha sido una constante que persiste a través de los siglos, parte inherente de casi todas las culturas y, por definición, característica de toda civilización. De esta manera, para la historia el problema de la ciudad emerge de su continuidad y recurrencia como fenómeno social, de su omnipresencia a través de los tiempos y de las sociedades, de su carácter congregador de seres humanos y de poderes, de su capacidad ordenadora de un territorio; en fin, de su potencial para dar forma a cosmogonías todavía hoy vigentes.²²

Sin temor, podemos afincarnos en esta apreciación contundente: sin lugar a dudas la ciudad, como objeto que sucede en la historia, constituye un elemento defi-

2 Mejía, Germán, *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820 - 1910*, Bogotá, CEJA, 2000, págs. 15-16.

nitivo para entender el proceso histórico de la humanidad, aún más, la ciudad puede ser vista como una clave de acceso para entender dinámicas más profundas que subyacen a su realidad física.

La ciudad, como ente físico, es algo que sucede con frecuencia en la historia y, más allá de las evidentes y diametrales diferencias entre unas ciudades y otras (debidas, a su vez, a las diferencias existentes entre diversas culturas y etapas históricas), es evidente que siempre la ciudad refleja, en todos sus ámbitos, los múltiples condicionantes sociales, políticos, económicos y culturales que enmarcaron y determinaron su existencia... las ruinas que aún subsisten de la Atenas del siglo V a.C. no sólo nos ilustran acerca de estilos artísticos y de concepciones estéticas y prácticas, sino también nos hablan de democracia, de oratoria, de filosofía, de idealismo y de escepticismo, de auge cultural y de conflictos con otras culturas.

Igualmente, podríamos enumerar múltiples factores que hacen de una ciudad, justamente, un ente de especial interés a nivel histórico y sociológico, para ilustrar lo dicho, baste con destacar dos aspectos fundamentales: en primer término, está el factor de agrupación que resulta definitivo porque hace que las ciudades se perfilen como grandes núcleos de actividad a todo nivel, en segundo lugar, las ciudades se constituyen como epicentro social, político, económico y cultural.

Así, resulta claro que el espacio mismo puede ser visto como manifestación directa de la arquitectura social y de las relaciones de poder; en el espacio mismo

quedan plasmadas las huellas de la dinámica histórica correspondiente y de las realidades sociales, políticas, económicas y culturales que permitieron el surgimiento y consolidación de determinada civilización y, a su vez, determinaron su vida práctica y también sus percepciones antropológicas y morales. Es por ello que la ciudad misma, vista desde la perspectiva de estudio de la historia, se presenta como un elemento exquisito y único de comprensión porque toda urbe, como tal, constituye, sin más, el 'registro fósil' de la civilización que la produjo y de la cultura que le dio vida y, aún más, la ciudad guarda el registro de las realidades humanas y morales que en ella han habitado; las ciudades conservan, entre rastros y huellas diluidos, la marca indeleble de las guerras y los conflictos, de los reyes y los monarcas, las luchas sociales y las dificultades políticas que debieron afrontar.

Es así como, para el ojo suspicaz de los historiadores, las ciudades poseen un interés ilimitado porque, finalmente, estudiar las ciudades es estudiar al hombre mismo dentro de su contexto y su cultura, y, por ende, asumir a las urbes como objetos históricos es hallar la clave para comprender múltiples y complejas dinámicas:

"Más que por esta razón, la urbe debe ser foco de atención para un examen histórico porque, en cuanto ciudad, la lectura de su estructura y dinámica internas permite encontrar claves significativas para entender el proceso general de urbanización bajo una situación de tránsito entre dos órdenes sociales diferentes. Asimismo, su estudio contribuye a profundizar el conocimiento de los factores o fuerzas que convierten el espacio urbano en territorio nuclear de los sistemas sociales. Además, explorar las variaciones en las distribuciones y usos de los espacios ciudadanos permite entender de qué manera las relaciones sociales

*se especializan y el modo en que ellas convierten en factor de poder el control sobre el espacio urbano*³.

Así pues, la ciudad se presenta como entidad histórica susceptible de ser abordada y analizada desde los métodos y presupuestos teóricos propios de la historia, igualmente, su estudio, desde la historia, puede ser una valiosa clave de comprensión en el momento de indagar sobre profundas dinámicas históricas a nivel social, político, económico y cultural.

EL ESPACIO COMO CATEGORÍA DE ANÁLISIS

Ahora bien, dentro de la reflexión teórica en torno a los presupuestos de la historia urbana, se empieza a vislumbrar de manera muy concreta cómo, en el momento de abordar a las ciudades como objeto cierto de interés histórico, la categoría espacial, el espacio mismo, empieza a jugar un papel muy importante; vale la pena detenernos un momento en este tópico y desarrollar algunos aspectos teóricos muy puntuales.

Es evidente que todo fenómeno humano (y, por extensión, toda manifestación social) se circunscribe a un espacio y a un tiempo determinados y, en especial, el espacio (y aún más el espacio urbano) y sus posibilidades terminan por

definir a los conglomerados humanos que se circunscriben en él:

*"La vida social está inscrita en el espacio y en el tiempo. Está hecha de acción sobre el medio y la interacción entre los hombres. Pone en relación seres que, para subsistir, deben tomarle prestados al medio circundante los víveres, la energía y las materias primas que les son indispensables. La cultura, que le da la originalidad a cada grupo, no puede mantenerse y desarrollarse sino mediante comunicaciones que reducen la viscosidad y la opacidad naturales del espacio"*⁴.

Ciertamente (y éste es, en mi opinión, un punto crucial a nivel historiográfico) el espacio, o el 'paisaje' si se quiere, en el que se inserta la vida natural, social, cultural, política y económica de una civilización puede ser visto y comprendido como un sistema signifiante, como un texto que puede ser leído de múltiples maneras. El entorno físico en el que se inserta una civilización (entendido como espacio natural y, a la vez, como paisaje construido por el hombre) es susceptible de ser entendido desde múltiples lecturas; es posible concebir el espacio como un texto abierto que puede ser leído por el investigador capacitado puesto que en él, en el espacio, quedan plasmadas las relaciones sociales de poder, las dinámicas económicas, las simbologías religiosas y muchos otros aspectos prácticos que se corresponden con las más profundas concepciones cosmológicas de una cultura⁵.

3 Mejía, Germán, *Los años del cambio*, pág. 14.

4 Claval, Paul, *Espacio y poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, I. pág. 15.

5 En lo que respecta a la valoración del espacio como importante categoría teórica susceptible de ser estudiada desde los parámetros de la historia, veáanse los interesantes planteamientos teóricos contenidos en DUNCAN, James. *The city as text: the politics of landscape interpretation in the Kandyan Kingdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

Ahora bien, al conciliar lo antedicho con lo específicamente relativo a la historia urbana, se abre un horizonte de interesantes perspectivas y posibilidades historiográficas: el espacio mismo, 'el lugar de los hechos humanos', puede ofrecernos enormes posibilidades investigativas. No se trata de remitirnos a los espacios (sean éstos naturales o artificiales, primitivos e inmediatos o culturalmente contruidos) como simples marcos de referencia y de ambientación sino, por el contrario, de asumir el espacio como un elemento clave en el que se reflejan y se manifiestan todas las tensiones de la historia misma.

Al contemplar y asumir al espacio como un objeto particular suficientemente coherente, y susceptible de ser abordado desde una perspectiva histórica, descubrimos una serie de posibilidades sumamente interesantes: principalmente, se hace evidente que el espacio como tal (ya sea el entorno natural o, a su vez, el paisaje cultural construido, es decir, la suma de las edificaciones y los espacios modificados, diseñados y adecuados para el desarrollo de la vida humana) condensa, en sí mismo, los caracteres más profundos de la dinámica social de la que es escenario.

Así, el espacio pasa de ser un mero marco referencial o un simple escenario a ser una verdadera fuente de conocimiento, una manifestación clarísima e inmediata de la cultura e, igualmente, un producto histórico de incalculable valor.

Evidentemente, el espacio de una cultura, su entorno, su lugar, puede darnos

gran cantidad de valioso conocimiento sobre dicha civilización al hacernos manifiestos aspectos tan relevantes como las concepciones de organización espacial, las bases económicas de producción y de intercambio (directamente ligadas a las posibilidades productivas del entorno), los criterios de organización social y, aún más, las bases ideológicas mismas de gobierno y de poder.

De hecho, la noción misma de poder puede estar íntimamente ligada al medio y a sus posibilidades ya que:

*"Poder algo es ser capaz de realizarlo. En una primera acepción, el análisis del poder es el de la gama de acciones que uno sabe manejar para modificar al medio, explotarlo y sacar de él lo necesario para la vida"*⁶.

De esta manera, se abre un horizonte de posibilidades historiográficas de enorme riqueza: el espacio mismo puede llegar a ser un registro, un síntoma o un retrato de las estructuras históricas a las que sirvió de marco de referencia; en otras palabras, cada sistema de poder, cada forma de estado, cada estructura de organización social, codifica, organiza y matiza el espacio de acuerdo a concepciones políticas que terminan por quedar inscritas en el medio.

De hecho, cada forma de gobierno y cada tipo de poder tiene con el medio una relación diferente y lo codifica de acuerdo a concepciones diferentes y, al final, el 'espacio fósil' que permanece es una valiosa fuente de información sobre las estructuras sociales y políticas que surgieron y se instituyeron dentro del marco existencial de esos espacios a estudiar.

6 Claval, Paul, *Espacio y poder*, pág. 15.

Más allá de una simple aproximación histórica al espacio que nos permita comprender la evolución material de la humanidad, es posible, desde el asumir al espacio mismo como fuente de conocimiento, descifrar las estructuras sociales que se instituyeron en el pasado (o en el presente) en esos entornos, descubrir la compleja arquitectura social de un conglomerado humano, sus relaciones de poder y las maneras de ejercer la autoridad... todo ello leído desde el registro material que perdura y permanece en el tiempo, ya sea estropeado, yuxtapuesto o modificado, no importa, el entorno material de los lugares en los que han vivido los hombres guardan, quizá, las claves de comprensión y de conocimiento más profundas para descubrir y rememorar la forma de ser, de vivir y de pensar de esos hombres pertenecientes al pasado de los que sólo perduran, entre otras cosas, sus espacios.

LA INFINITUD DE LA CIUDAD COMO OBJETO DE ESTUDIO HISTÓRICO

Tras haber desarrollado las disertaciones teóricas anteriores, podemos enfrentar ya directamente la problemática referente a la ciudad misma como objeto de estudio histórico.

En este punto, la primera pregunta que nos asalta de manera impostergable es aquella que indaga acerca de la 'esencia' misma de la ciudad, si bien (como veíamos en el segundo aparte) toda ciudad es identificable en un primer momento, no queda claro lo que constituye, en principio, una ciudad, en otras palabras, ¿qué es, finalmente una ciudad? ¿qué es

lo que debemos historiar en el momento de hacer historia urbana? ¿todo lo que tiene calles es una ciudad? ¿si algo tiene una plaza es ya una ciudad? ¿pero pueden existir ciudades sin calles o plazas? ¿y ciudades sin personas o sin edificios?

Lo interesante es que, desde un principio, al tratar de acometer la laboriosa tarea de historiar esos centros poblacionales que denominamos ciudades nos enfrentamos con la ambigüedad y la complejidad; aún más, desde un punto de vista estrictamente histórico es posible acercarse a las ciudades desde múltiples perspectivas: podemos aproximarnos a una historia de la ciudad desde lo arquitectónico y lo material, o desde las ideologías y los imaginarios que se superponen en el tiempo y se entrecruzan en el espacio, o desde las historias particulares que se entretajan en medio de la inmensa congestión de las calles.

El interrogante crucial que subyace a todo esto es la inquietud acerca de qué factor privilegiar o qué realidad historiar al interior de estos núcleos humanos de dimensiones y significaciones colosales... al parecer, todo lo que constituye nuestra condición de 'humanidad' se amalgama y confunde en esas megaestructuras ciudadinas que habitamos y, poco a poco, esa realidad material e interminable de calles y edificios y espacios, se impregna de nuestras vivencias, recuerdos, pensamientos e ideologías y, aún más, todo se superpone, se combina y se confunde en un conmovedor fresco simultáneo de realidades y experiencias, vivencias, tiempos y pulsiones que coexisten sin por ello perder su singularidad propia... imágenes que nos muestran hasta qué punto en una ciudad, en un espacio, coexisten parale-

lamente un sinnúmero de realidades, ambivalentes y definitivas.

¿Cuál es entonces *La ciudad*, la verdadera, la que se debe historiar? ¿cuál es la ciudad que debe plasmarse en los libros de historia? ¿la ciudad del ayer que perdura o la del hoy que se impone o la que parece extraña y atípica? ¿la ciudad económica o la ciudad social o la ciudad cotidiana o la ciudad plural?, y si la respuesta se inclina por aceptar y asumir la complejidad y la diversidad inagotable, entonces ¿cómo, de qué manera, desde qué criterios, es posible contar 'la historia universal' de la ciudad?

Sin lugar a dudas, y apenas en una etapa introductoria, las dificultades resultan colosales a nivel práctico y teórico en el momento de enfrentarnos, como historiadores, a la ciudad como objeto de estudio. En el horizonte se esboza una realidad extremadamente compleja y susceptible de ser abordada desde múltiples enfoques teóricos y perspectivas sociales y culturales y, más allá de eso, se evidencia la emotiva superposición de realidades, de imágenes, de sonidos y de seres humanos que transitan sus sueños, sus anhelos y sus vivencias por los espacios que les son propios y que están impregnados de su pequeña, y siempre conmovedora, humanidad.

Es así como el amplio campo de la historia urbana se presenta, ciertamente, como un horizonte ilimitado de posibilidades historiográficas, en efecto, no se

puede proceder de manera unívoca y tajante y afirmar que la historia urbana es, simplemente, un área muy concreta de la 'historia general' con unos métodos investigativos y con unas concepciones teóricas claramente definidas y establecidas de antemano.

Por el contrario, una de las primeras dificultades con las que se enfrenta todo investigador que desee abordar a las ciudades como objeto de estudio desde una perspectiva histórica es la nebulosidad de las fronteras, aún más, es importante tener en cuenta el hecho de que

*"... la historia urbana, como historia específica que entiende de la ciudad y de los procesos urbanos, suele presentarse como un reducto temático en el que de una u otra forma participa la ciudad no como objeto diferenciado, sino como soporte o vehículo de otras historias cuyos objetivos identificamos con la demografía, la economía, la geografía, la sociología, etc."*⁷.

¿Es entonces la historia urbana un área delimitada y precisa o, por el contrario, se constituye como un terreno abierto e inconmensurable de investigación susceptible de ser explorado desde múltiples enfoques teóricos e, incluso, desde diversas disciplinas?

Es interesante la opinión de que no se deben fijar límites a la historia urbana debido a que la complejidad del tema exige un gran esfuerzo teórico antes de llegar a una siempre discutible individualización del objeto de estudio; el camino más sensato parece ser el diálogo contextualizado y permanente entre lo

7 Piñón, Juan Luis, *Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana*. En Sambricio, Carlos (Ed.). *La historia urbana*, Madrid, Editorial Marcial Pons, 1996, págs. 15-28, pág. 17.

conceptual y lo empírico sin caer en marcos referenciales rígidos o excluyentes ni tampoco en la mera enunciación de cifras y estadísticas:

*"Ahora bien, de todo cuanto acabamos de exponer no debemos deducir de una historia urbana cerrada en sí misma, dispuesta a dejar en sus márgenes a todo aquello que no se someta a la férrea disciplina de lo urbano. Al contrario, pensamos que el valor del reconocimiento de cualquier especificidad histórica, urbana, rural, política o de cualquier otro tipo radica, paradójicamente, en la diversidad de su contenido, en la imprecisión de sus límites, en todo aquello que aconseja una continuada reformulación del conocimiento"*⁸.

Si bien partimos del criterio de que la historia urbana no debe estar limitada por discutibles moldes teóricos o metodológicos, debemos señalar el hecho de que puede resultar muy conveniente privilegiar ciertos aspectos en el momento de asumir una investigación urbana, aún más, es innegable que existen algunos elementos fundamentales que juegan un papel privilegiado dentro de la dinámica de lo urbano.

Básicamente, se hace necesario destacar dos elementos fundamentales: por una parte, el *componente espacial* y, por otra, el *contexto social*. De esta manera, una comprensión cabal del ámbito socio-histórico de la ciudad junto a una detallada indagación de las realidades espaciales parecen garantizar una sólida estructuración del trabajo histórico urbano. El objetivo final no es otro que el de lograr articular de manera suficientemente coherente el plano histórico y social del contexto hu-

mano con la realidad espacial y física en la que se inserta y desarrolla todo hecho histórico. Por lo demás, toda transformación se presenta como un proceso continuo de cambio y remodelación, atender a esta evolución paulatina y permanente de *desagregaciones* sucesivas sin perder de vista la ambivalencia e interacción entre *componente espacial* y *contexto humano* puede ser la clave para, poco a poco, aproximarnos cada vez más a una comprensión cabal y coherente de lo urbano. Igualmente, es importante destacar lo favorable que puede resultar acudir tanto como sea posible al *método comparativo* para, a través de la comparación de diversas y variadas realidades, lograr una comprensión amplia y global de lo que aún inciertamente denominamos como *urbano*.

Finalmente, es necesario hacer énfasis una vez más en la vaguedad e indeterminación que parece caracterizar a la aún 'recién nacida' historiografía urbana. Se trata, ciertamente, de una disciplina en plena evolución teórica que, si bien puede tener sus raíces en trabajos ya centenarios de los siglos XVII ó XVIII, está apenas empezando a considerarse y a consolidarse como una disciplina claramente diferenciada. Sin embargo, algo que parece caracterizar la compleja área de la historiografía urbana es, precisamente, esta vaguedad e indeterminación que hemos mencionado.

En cierta forma, 'todo' parece tener cabida dentro del campo de la historia urbana: desde la historia de las ideas po-

8 Piñón, Juan Luis, *Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana*, pág. 28.

líticas (y téngase en cuenta que el término *político* nos remite ya directamente a la *polis* clásica griega) hasta una historia de la vestimenta burguesa pasando por la biografía de Henry Ford, la lectura de Ana Karenina y de los clásicos de Charles Dickens, sin olvidar la siempre llamativa historia de los semáforos, de las alcantarillas y de las fábricas de faroles; ciertamente, bajo la aparentemente irreducible denominación de historia urbana podríamos abordar materias tan dispares como la evolución del peinado en las clases privilegiadas inglesas en el siglo XIX y el fenómeno del sicariato en la ciudad de Medellín en los años ochenta del siglo XX.

De esta manera, la principal dificultad en el momento de realizar una primera aproximación historiográfica al ámbito de lo urbano parece ser la profunda indeterminación y dispersión del objeto de estudio; simplemente, los aspectos estudiables de lo urbano (ya sea desde la historia o desde disciplinas afines) son infinitos e inagotables y no pueden ser encasillados dentro de una serie limitada de parámetros teóricos, historiográficos o metodológicos.

Si tenemos en cuenta esta aparentemente insuperable 'realidad de infinitud e indeterminación' en el contexto de lo ciudadano, la pregunta que nos asalta es si realmente tiene sentido hablar

de *lo urbano* cuando, al parecer, el término es tan difuso e indeterminado como *lo cultural* o *lo humano*.

Al respecto, nos remitimos a las interesantes y concluyentes observaciones de Fernando de Terán:

"Al terminar este recuento, vuelven a plantearse las mismas dudas que aparecían desde el principio. Y no pueden dejar de suscitarse algunas preguntas generales que, sin duda, se habrá hecho más de un lector, y para las que no tengo respuesta. Ya estaban anunciadas inicialmente. ¿Es lícito ampliar de esta forma el panorama de la historia urbana, incluyendo en ella toda clase de estudios sólo porque miren al pasado y se refieran a algún aspecto de lo urbano? ¿No es demasiada la heterogeneidad que aparece al considerar la diversidad de métodos y de formas de aproximación? Pero ¿cómo decidir cuál es la propia? Y ¿cómo establecer los límites para la inclusión o la exclusión?"

Es evidente que la situación no es satisfactoria porque no proporciona un conocimiento coherente. Es demasiado multifacético. Cada una de las facetitas ayuda eficazmente a conocer un aspecto de modo limitado, pero es imposible ensamblar y cohesionar todos los conocimientos especializados que proporcionan las aproximaciones sectoriales. Lo malo es que la historia urbana lleva treinta años constatándolo, sin poderlo remediar. Tampoco tiene las respuestas, y probablemente no llegue nunca a tenerlas. Porque cada vez es más general la convicción de que la ciudad contemporánea es globalmente incomprensible y que su conocimiento no puede dejar de ser parcial y fragmentario. Y si esto es así para el conocimiento, es casi seguro que también lo es para la construcción de su historia. Lo cual no puede evitar que, en algunos momentos de duda y de nostalgia de visiones integrales, lleguemos a pensar que en vez de estar haciendo historia urbana, lo que hacemos es acopiar materiales para su construcción"⁹.

9 De Terán, Fernando, *Historia urbana moderna en España*. En Sambricio, Carlos, *op. cit.* págs. 87-107, pág. 107.

Al final, lo que nos asalta y abruma es la infinitud del objeto de estudio propuesto, simplemente, al ser vistas desde la historia, las ciudades no se acaban nunca porque todo objeto, toda relación, todo ser que en ellas se encuentra, tiene una historia digna de ser contada y que encierra un interés particular importante en el momento de escribir la 'historia universal' siempre soñada por los historiadores.

Tratemos ahora de puntualizar algunas apreciaciones finales a partir de lo dicho.

OBSERVACIONES FINALES

De esta manera, hemos realizado un muy breve periplo teórico por algunas de las problemáticas más apremiantes de la historia urbana.

¿Qué es, a ciencia cierta, eso que genéricamente denominamos como *lo urbano*? ¿cuál puede ser el valor de historiar las ciudades? ¿es posible concebir al *espacio* como categoría de estudio a nivel histórico? ¿qué significa historiar una ciudad, qué se debe obviar y qué se debe privilegiar en el momento de contar la historia de nuestras ciudades?

Estas son apenas algunas de las preguntas que abordamos a lo largo de nuestra disertación tratando de explorar sus posibles implicaciones a nivel teórico y, a su vez, tratando de sopesar las diversas posibilidades y alternativas desde una perspectiva decididamente histórica.

En el momento de esbozar conclusiones, descubrimos con inquietud (pero también con cierto placer), que, al pare-

cer, nos es imposible asentar tajantemente pretenciosas observaciones conclusivas aunque sí nos es posible puntualizar muy claramente algunos puntos neurálgicos:

En primer lugar, resulta fundamental destacar, una vez más, la importancia invaluable que posee el *espacio* como categoría de análisis histórico. Una sensación que se tiene frecuentemente es que la historia privilegia al *tiempo* como criterio de análisis y se ocupa, extensamente, de explorar hasta la saciedad esta categoría puntual, en contraposición el *espacio*, el paisaje natural, el entorno, muchas veces es despreciado o ignorado al ser percibido como algo meramente casual y secundario sin trascendencia alguna para los sucesos de la 'gran historia' que se cuenta desde las fechas. Sin embargo, el *Espacio* es algo definitivo porque el entorno natural condiciona absolutamente la vida de los hombres a nivel práctico; los hombres se alimentan de los productos que encuentran en el medio ambiente que les rodea y, a su vez, este medio se ve modificado por el clima, las estaciones, los aspectos geológicos y meteorológicos que lo determinan... el hombre es una criatura de la Tierra y, en esa medida, su vida (a todo nivel) está determinada por este gran contexto espacial y natural que le precede, le sustenta y le trasciende.

Finalmente, a lo largo de este escrito, se han consignado algunas apreciaciones y argumentaciones diversas de gran interés que, a nivel teórico, nos remiten al arduo campo de debate en torno a la caracterización definitiva de la llamada Historia Urbana... su objeto, sus métodos, sus pretensiones historiográficas, sus objetivos últimos... al parecer, todo está aún por definir pero siempre es impor-

tante debatir, cuestionar y arriesgar argumentos y planteamientos teóricos que sustentan la práctica cotidiana del trabajo del historiador.

Por último, y para terminar, vale la pena dejar esbozada una imagen final que bien puede servir de punto de partida para disertaciones y reflexiones más profundas: las ciudades, simplemente, aparecen en nuestro horizonte como un espacio infinito, conmovedor e inagotable en el

que transcurre nuestra vida de seres humanos... los espacios, las calles, los cielos, las lluvias, las noches, los sentimientos que son alegrías o tristezas o desamores suceden en medio de las ciudades en las que vivimos, los objetos de la ciudad son testigos silenciosos del palpitar mismo de la vida... hoy por hoy (y cada vez más) la ciudad es el escenario por excelencia en el que viven y mueren los hombres mientras tratan de escribir sus historias.

BIBLIOGRAFÍA

- APRILE-GNISET, Jacque, *La ciudad colombiana*, Cali, Editorial Universidad del Valle, 1997.
- CLAVAL, Paul, *Espacio y poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- CHUECA, Fernando, *Breve historia del urbanismo*. Madrid, Alianza Editorial, 1968.
- DE TERÁN, Fernando, *Historia urbana moderna en España*. En SAMBRICIO, Carlos (Ed.). *La historia urbana*, Madrid, Editorial Marcial Pons, 1966, págs. 87-107.
- DUNCAN, James, *The city as text: the politics of landscape interpretation in the Kandyan Kingdom*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- LEDROUT, Raymond, *Sociología urbana*, Madrid, IEAL, 1976.
- MEJÍA, Germán, *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820 - 1910*, Bogotá, CEJA, 2000.
- PIÑÓN, Juan Luis, *Apreciaciones sobre los márgenes de la historia urbana*. En SAMBRICIO, Carlos (Ed.). *La historia urbana*, Madrid, Editorial Marcial Pons, 1996, págs. 15-28.
- REMY, Jean. VOYE Liliane, *La ciudad y la urbanización*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, 1976.
- ROSSI, Aldo, *La arquitectura de la ciudad*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili, 1971.
- SAMBRICIO, Carlos (Ed.), *La historia urbana*, Madrid, Editorial Marcial Pons, 1996.

